

RESEÑA

Ortiz Negrón, Laura. (2012). *Shopping en Puerto Rico: prácticas, significados y subjetividades de consumo*. Publicación electrónica: Bookbay.com.

Ortiz Negrón, Laura. (2013). *Escaparates de consumo. Espejos y cristales de una cultura*. Buenos Aires: Grupo Editorial LUMEN.

ARTURO TORRECILLA

Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

Es un gustoso placer compartir con ustedes aquí en esta noche espléndida y, deseo añadir también un honor, con el fin de presentar la obra de recién publicación digital de Laura Ortiz-Negrón, *Shopping en Puerto Rico: prácticas, significados y subjetividades de consumo*. Para aquellos entre ustedes que aún no se han percatado o, en su defecto, para aquellos entre los asistentes que sí lo han percibido, he hecho mención de un doble motivo introductorio que en ciertos ambientes educados provocaría el sonrojo y, de apalabrar el bochorno, resultaría en un enunciado inaceptable, próximo a un oxímoron, aquello que acoge la economía horizontal de la delicia de los placeres y, de otro lado, aquello que detenta el grado estamental del honor.

De permitirme arriesgar con ustedes con una pizca de picaresco humor imaginar una porción nada pequeña del hábitat natural del *homo academicus* que es un campus universitario, pululan allí un catedrático de voz encumbrada, un educador de ademanes de ilustre Ateneo, un letrado de timbre engolado, un académico de estilo hipercorrecto, un profesor de exageradas manías hedonistas militantes con dicción hipocorrecta, en suma personas todas afanadas en aquellas cualidades cuyo alón es pretendidamente hacia lo alto, lo excelso, lo sublime, lo emancipador. ¿Cómo, sin embargo, teniendo por egregia muestra estos especímenes de fauna cultivada que pueblan este exquisito paisaje, ser simultáneamente capaz de sentir gustosos cosquilleos de placer por un libro destinado a exponernos a la importancia del lazo social del *shopping* y, al unísono, profesar una digna honra sin descaro alguno por acariciar ventilar las piezas que arman este texto electrónico

destinado a un evento de lo más pedestre de nuestras vidas cotidianas: el consumo? ¿Cómo ir de compras intelectualmente sin reproche – valga la cantinflada, el intelectual – y retornar felizmente, con las bolsas llenas de víveres, de bienes, de golosinas, que como inocente mocoso, sólo guarda proporción con su espléndida sonrisa gozosa de contentura, puesto que su saber se ha crecido con la investigación que se tiene ante sí?

Para aquellos entre la audiencia que aún dudan por su herencia cartesiana de que lo trivial, lo frívolo, lo prosaico que resulta el “ir de compras”, el *wandering* errante del *shopping*, me permito adelantar ante ustedes el hecho de que presenciamos un libro digital que nos ofrece la paradoja del consuelo de subsanar el desconsuelo de la ciencia moderna. Si esta última cifraba su inusitada convocatoria de pedidos de nuevos concursantes al saber científico a través del vía crucis del desencantamiento del mundo, saber que sólo se premiaba con la consagración de lo abstracto, es otro el llamado al que convida la autora, aquel de signo inverso, el del desencantamiento de lo abstracto llevado de la mano de la promesa del reencantamiento de lo concreto. ¿Lo concreto? El consumo, el ir de compras, el regodeo con los escaparates, los *malls*, en suma, como expondré de seguido, el mundo de la vida del *shopping*.

Con la pluma digital de Laura Ortiz-Negrón que redacta esta vivificante obra, les invito a que me acompañen de modo sucinto a identificar los ejes históricos, los anclajes también teóricos, los obstáculos de conocimiento por igual, frecuentados en las arcadas del bazar posmoderno en Puerto Rico.

Luego de su primer libro, *Al filo de la navaja: los márgenes en Puerto Rico*, derivado de su tesis del Programa de Maestría en Sociología de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, el cual versaba sobre la subjetividad de la economía informal; seguido de artículos experimentales por arriesgar clasificarlos así sin menosprecio alguno, publicados en diversas revistas, mas en nuestra proximidad aquellas independientes de la cual la autora formara parte, las extintas *Bordes y Filos*; prosiguiendo con la obra digital editada en DVD en el año 2005 en coautoría con el Prof. Carlos J. Guilbe López, *Arcadas de las estaciones 20-21: Visiones sobre los centros comerciales en Puerto Rico*; esta última y reciente entrega que me apetece compartir aquí, contrasta en lo que se demuestra como una suerte de enriquecida discontinuidad.

El lector debe comprender que se encontrará ante una investigación de tenor ambicioso, a punto que la misma es sólo la parte melliza siamesa de la que sin duda le debe ser complementaria, *Escaparates*

de consumo: Espejos y cristales de una cultura. Obra que formaba en su origen un solo cuerpo, voluminoso mas sin perder su fineza, la autora ha hecho uso de la mejor tradición del *Arts and Crafts* y ha logrado liberar sus ideas en direcciones de semblante diferentes. La primera, la que atiende esta obra digital con el aparente *case study* de Puerto Rico, la segunda (a punto de ser próximamente divulgada por los herederos de Gutenberg en la ciudad de Buenos Aires) orientada a la formalización teórica de la experiencia precedente. ¿Con qué joya de escarpelo nuestra estudiosa seleccionó los órganos de uno y del otro de los gemelos inseparables sin que, en su escisión, se afectara su inicial vitalidad? ¿En cuál quirófano destinado al estado de excepción que es la norma para una creciente parte de los humanos, la del consumo y su inflexión posmoderna en el *shopping*, pudo la investigadora intervenir sin que lo aquí derivado culminara en un museo más de las curiosidades de la existencia, o bien en un *Freak Show* espeluznante a la mirada de una ciencia melindrosa ante la exuberancia de la vida anodina? O aún, y en el mejor de los casos, en un *coffee digital book* para uso relajado, sin preocupaciones extravagantes en una sala de espera médica, en un *Starbucks Café*, en una estación de tren urbano. Sólo la autora detenta estas claves, el presentador, que es este servidor, sólo desea compartir su admiración por la alquimia de derivar dos criaturas sin estropearlas en lo fundamental.

Decía expresamente que la entrega que tengo ante mí en su forma virtual, *Shopping en Puerto Rico*, parecería ser la versión empírica, en su formulación del estudio de caso con el país de Puerto Rico y, de otro lado, la que prontamente estaría en circulación, *Escaparates de consumo* en versión impresa en papel, la que representaría su forma acabada en su depuración teórica. Esta separación y, además, diferenciación entre los mellizos siameses es sólo aparente en su forma, quiero insistir. En parte, así como para Ivan Illich, el iconoclasta de las sociedades industriales avanzadas, su domicilio más de medio siglo atrás en el Puerto Rico de la modernización le sirvió de forma experimental para enriquecer lo que sería eventualmente su vasta obra de hipercrítica de la modernidad; así como por igual el referente de Londres y de Manchester en Inglaterra le sirvieron a Karl Marx para idear una teoría del modo de producción llamado en aquella ocasión capitalista; de la misma manera, para este compendio gemelo, Puerto Rico, en la diversidad de contenedores como bien ella sugiere en su pluralidad de puertos que son los desembarcos y trasbordos de vidas diferenciadas y paralelas, le ha proporcionado el laboratorio del mundo de la experiencia para así formalizarlo en la teoría del consumo de la sociedad postindustrial.

Sin embargo, deseo insistir una vez más ante esta audiencia, que el caso de Puerto Rico, el *shopping* de sus habitantes capturado en esta obra a modo de imagen en movimiento, trasciende el hábito empírico de mero sumario de usanzas y, en cambio, la mirada reflexiva informada por una teoría adecuada a las tareas del tiempo presente yace cómodamente en este escrito digital.

A modo de hechizante trapezista detenido en la cuerda floja ante un público que agoniza anticipadamente su mortal caída libre, *Shopping en Puerto Rico* logra un equilibrio de balance de las puntas en flexión que animan esta investigación. Si se me permite, la obra alcanza mantener el *thrill* de una tensión en la integridad; mejor aún – y acudiendo a un neologismo de la arquitectura, de la ingeniería y de las tecnicidades suaves - una *tensegridad*. Y es que el texto jamás sacrifica la profusión del recuento de archivos de memorias de viaje del consumo a lo largo del tránsito de la época moderna en Puerto Rico; memorias muchas de ellas restituidas en imágenes, en estampas, en publicidad que más bien ponen en valor su talante reflexivo. Como tampoco la abundancia de una metódica encuesta cualitativa, rica en sus diversas locuciones en el trazo de una subjetividad ciudadana instalada sin tapujo en el consumo, le resta a la ilustrada descodificación de la narrativa que la autora así bien efectúa a fin de compartir los enigmas de una de las parcelas más dedicadas en tiempo y en densidad existencial, aquella que engendra una suerte de osmosis hereje del humano con el mundo de los objetos mercantes que trascienden su lógica de la necesidad y hasta de la función. De igual manera, y para aquellos de mis contemporáneos que aún su recuerdo no ha desmejorado con las arrugas que nos agracia o nos desgracia la flecha del tiempo, el “Almanaque de Bistol”, su curiosa frondosidad de pinceladas del buen vivir, alegórico del compendio histórico que nos ofrece la obra, sus detalles de periodización entre estadios, fases y ritmos cuyos vasos comunicantes han fluido desde las estampas de las quincallas, los pregoneros, el Catálogo de *Sears*, los *Cinco y Diez*, la producción en serie y el consumo de masas al tiempo presente de la individuación del *shopping*, para nada menoscaba en el cuerpo del texto la distancia prudente de la mirada de alto vuelo, la de la teoría; implicada sin duda – la teoría-, participe si se prefiere. Incluso imagino, a la autora, con sus paquetes de *shopping* entre *Mall* y *Mall*, de tienda en tienda, y de especial en especial; más sin descuidar su exigencia, aún en la seducción y enamoramiento a veces fatal, el *fatal attraction* de todo objeto de investigación de la ciencia.

Esta muy breve inicial aproximación de sólo algunos de los énfasis de la obra que comparto aquí, entre los archivos de texto e imagen, las viñetas costumbristas insertas ya en el mercado, la

encuesta etnometodológica destinada a una selección del público consumidor, el manejo e interpretación de las cuentas estatales y de líneas de crédito, la descripción del barullo comercial (figura híbrida espacial de la esfera cultural del urbanismo salvaje) no debe llevar al argumento unívoco de que presenciamos una mera aportación más al acervo de los ficheros de las ciencias humanas. Contribución de ingenua impertinencia como resulta ser la curiosidad, se diría por demás entre ciertos círculos finústicos por el tema que atiende: la trivialidad de ir de compras. Más aún, inquietantemente extraña evocarían letrados irritados, por perseguir asignarle estatuto de objeto científico a lo que aparenta ser una predecible nimiedad: consumir. Atractivamente siniestra, sin duda para terceros de espíritu pudibundo, por atender la seducción casi inocente del pueril que habita en todo ciudadano entregado al *shopping* según una regla pastoral de la ciudad letrada. Pero, por ello mismo, por todo ello, se trataría por demás de un sospechoso tributo de la palabra cultivada de momento en que exhibe una tonalidad terapéuticamente conciliadora con el mundo escandaloso de la mercancía para una tradición intelectual que ha hecho currículo de vida académica y política con los males de los falsos dioses, los fetiches de la mercantilización del lazo social que es la vida.

Es por esto que indico, con tono irónico creo bien haberlo exhibido, que si acaso esta entrega en versión digital podría sernos quizás curiosa, extraña, atractiva y hasta sospechosamente terapéutica, no es por las mismas razones que ostentaría, con aire excitadamente alarmante, una comunidad fraterna de una ciencia unidireccional de inclinación monotemática. Y es que, para decirlo breve y a punto, la obra o, mejor, el proyecto de la investigadora Laura Ortiz-Negrón nos muestra una prolífica aventura intelectual que, sin duda, anuncia una ingeniosa inflexión con la comunidad de pensamiento contemporánea.

Con el fin de no cargar el protocolo de presentación de este libro electrónico me permito resumir un boceto de lo que constituyen siete obstáculos que ha debido desatar la autora con el fin de procurarse una aliviada ingravidez de los pesos muertos de tradiciones que han albergado las ciencias humanas, así como, por igual, el mundo de la vida.

1. La *Age of extremes*, con esta frase de dureza sentenciosa que no deja purgatorio alguno a las desgraciadas criaturas bajo el signo de una teología tardomedieval, o que no atesora capacidad de mitigantes reformas en un giro de acuerdos entre ciudadanos propio a la voluntad de lograr acopios que procura la modernidad, se formulaba por el historiador marxista recientemente fallecido, Eric Hobsbawm, el siglo cualificado como corto, el siglo XX. El atractivo de la fórmula

del erudito materialista residía, de un lado, en la simplificación de la densidad histórica acogida en narraciones de ondas de largo período y, de otro lado, en la jefatura, una vez más de un *story-telling* épico que, no obstante el bulto de memoria siniestra de los allí desaparecidos entre totalitarismos de cuño gemelos, el marrón, el nacional-socialismo y el rojo, el comunismo, compartían por igual y, de pasada el historiador de marras, la creencia en probidad de que la historia al fin y al cabo es un asunto de sistemas ideológicos serios que sólo pueden chulear *Men in Black*. Por serio se refiere a que sólo tiene mérito atender en los encadenamientos de sentido de los eventos patentado como Historia y, por extensión, en las ciencias humanas, aquello cuya gravedad convoca a grandes imperativos. Terribles o agraciados, ominosos o afortunados lo importante es la comunalidad del llamado que hace del propio extremo su ecosistema natural de humanidad y, de esta suerte, pospone toda dicha de asuetos a la ilusión de la posteridad: el Hombre Nuevo, la Raza depurada, la Nación purificada, en suma la utopía siempre aplazable.

Más allá de la coartada que el cronista de extremos proporcionaba en términos de amnistía a los desmanes de la cultura impolítica de izquierdas, el esquivo suplementario del dispositivo de reducción a las puntas desorbitadas producía exitosamente, al menos en los medios cultivados, una obnubilación con el ritmo y la cadencia *in crescendo* de la abundancia de alivios del mundo de la vida, aquel que se destinaba cada vez más a lo que tempranamente apalabró a mitad del siglo corto el también no tan distante fallecido John Kenneth Galbraith, en su obra *The Affluent Society*.

Con este resumen en contrapunteo de un gótico historiador, Hobsbawm, y un economista ilusionado, Galbraith, quiero sólo advertir como la autora ha tenido que hacer valer lo que es una evidencia en una parte de las poblaciones humanas: el movimiento de desahogos ascendentes hacia la democratización de la afluencia. Es como si el demonio que se albergaba a sus anchas en la ciencia económica, su cualidad originaria de *dismal science*, de un saber fatídico de las proporciones siempre inalterables entre salario y ganancia, entre trabajo y capital, entre los de arriba y los de abajo, fuera exorcizado de por siempre su legión de *sucubus* o su hueste de *incubus* para así hacer valer la distribución del tesoro de la riqueza a través de un desdibuje paralelo del mapa de los sórdidos extremos que hubiéramos heredado de la historia como cementerio de los cuerpos y de las almas sufrientes.

Ocurre con el contexto de este texto digital un poco como ocurre con la serie televisiva de recién producción *The Americans*; una historia intrigante de espías soviéticos en el vértice de la Guerra Fría

y que tienen simultáneamente el bálsamo y la desgracia de vivir en familia en América, en su centro capitalino, Washington, D.C. Bálsamo porque gozan con beneplácito la bonanza de la democratización del consumo, la desgracia porque son en este aspecto más americanos que comunistas, es decir demócratas residentes de una *open society*, más en contraparte, traidores de la patria roja. Regocijo y atribulación, dos mundos paralelos en donde la lógica histórica de las salientes aristas suprimió el primero en los narrativos, la tendencia imparable hacia la afluencia, a favor de la sórdida *human condition* y que, en la serie, se nos ofrece en toda su desnuda tensión: la de una ideología que descansa en una razón extrema que pulsa hacia su austera radicalidad y, de otro lado, la complacida vida que ha logrado atesorar el bienestar de las sociedades abiertas.

La batería conceptual, también aquella correspondiente a la calendarización del tiempo, igual la del recuadro teórico, que permite a nuestra investigadora desembarazar el peso de la gran historia son más conocidas en los ámbitos de las ciencias humanas que se van liberando de un pensamiento de la simplificación. Producción en serie, consumo masificado, fordismo y posfordismo, régimen de acumulación y regulación estatal, integración del circuito de la reproducción humana en las políticas de equipamientos colectivos y de asistencia estatal, subjetividad y mediación simbólica, cultura inmaterial, rematerial e indolora, economía semiótica, hiperrealidad. Todo este compendio de registros es innovado por Ortiz-Negrón con el concepto fructíferamente englobante de régimen de consumo.

Menos, en cambio, es conocida la singularidad en que un saber se distancia de una comunidad de pensamiento cacofónico, el de la gris y amarga historia, monocromático, el de la fábrica incolora. Menos también se escudriña el modo en que los agrupamientos humanos atienden lo novel, el regalo que le ofrece otro arreglo de sociedad, el *shopping*. A modo de un tierno y torpe niño que empieza a experimentar la maravilla de locomoción, torsión y adecuación del don que es su cuerpo dado al mundo, excitado, se golpea sin reparo en lo que madura su grácil anatomía y también su memoria con el fin de disfrutar la generosidad que le promete la vida. Parecería, en cambio, que, distinto al niño, el adulto consumidor o, mejor, su cronista, transfiere tal cual los déficits de narración de otra época a la presente porque es incapaz de celebrar aquello que prodiga, de otorgarle otro lenguaje adecuado a las nuevas circunstancias.

2. Sobrepasado este primer tropiezo, el de la narración metahistórica que le asigna legitimidad de saber a sólo aquello que se compromete con las magnánimas edificaciones ideológicas, la autora tiene ante sí un

segundo escollo que proviene esta vez del supremacismo de la creencia religiosa monoteísta sedimentado aún con fuerza desde la modernidad al presente. Una concepción de los hombres y mujeres de ciencia, demasiado regodeados en su propio enamoramiento, descuidaron que el gesto secular que hizo única la era moderna no fue calibrado del todo en cantidad de ámbitos de la existencia, en la vida cotidiana – y el consumo en este caso – y en la misma casa del sabio, en la academia.

La Sodoma y Gomorra que encarna la morada del pecado que es el consumo, el burdel de licencias perniciosas con que aún se atiende el *shopping* en medios cultivados pero, no menos aún, en porciones importantes de la conciencia ciudadana, la amonestación pastoral como muy bien explora la autora que posee su timbre grave y acusatorio bien sea en el mundo del clero entrometido con su liturgia en los asuntos no de la ciudad de Dios, sino de la humana, bien sea por igual, de intelectuales regañones cuya perversa gratificación consiste en inculpar al otro, exculpándose ellos de haber felizmente amasado un buen capital cultural, haciéndole la vida insoportable al vecino con la fabulación catastrófica del fin del mundo, todo ello es comprensible dentro de una antropología de la religión.

De asimilar una aproximación al hecho religioso en términos de trascendencia, la adhesión de creencia en lo divino nace allí toda vez que somos incapaces de asimilar la lentitud de la existencia. El abrigo que ofrece el credo devoto es así, y un tanto irónicamente, el producto de la impaciencia, el *fast track* de aquello que en vida mortal no podemos disfrutar. Allí, en la sociedad de los impacientes apremiados en darse cita para colocar sus relojes en sincronía, el culto permite así desplazar la ilusión de la promesa en dos vertientes extremas, bien sea en el tiempo postergado o en la vida inmediata. Mesianismo y apocalipsis se juntan, se hacen coro en cantata alarmista para anunciarnos en el más allá el compromiso de bonanza que descansa en un paraíso rico en golosinas permanentes conocidas bíblicamente como los cuernos de la abundancia. Ese *Mall* divino, y ese *shopping* de las criaturas transustanciadas en almas que se deleitan sin vergüenza alguna en el más allá celestial con la cornucopia de gigantescos granos de trigo, de raudales de inmensas frutas, de toneles de fabuloso vino y, en la tradición islámica, el énfasis no ya sibarita sino erótico en la centena repetible hasta el infinito de los tiernos capullos carnales de las doncellas destinadas a los desenfrenados efebos, locos furiosos de Alá; sólo es esta alucinante desmesura comparable con la íntima alucinación del místico. En el segundo, en el místico, la búsqueda de la verdad del alma se le ofrece en una sumersión en el interior. En el sondeo y realización de la trascendencia en la buceada del éter íntimo y personal de cada cual,

se suspende la impaciencia del acceso a la cornucopia en el borde de la austeridad psicosensores. Licencia extrema de austeridad individual a fin de domeñar la impaciencia de la posposición de la gratificación de mundo de un lado y, del otro, certificado de promesa de la gratificación en el más allá, son ambos los cabos exagerados propios de una comunidad humana que ha sido invariablemente inmadura en celebrar la plenitud en la inmanencia de una vida mortal.

Está claro en aquel que se detiene en los *bytes* y píxeles de este texto, organizados en significativo relato y en la selección de ilustraciones elocuentes, que Ortiz-Negrón ha tenido que tomar distancia declarada y sin tapujos con los pregoneros misioneros de la posposición de la cornucopia. Estos últimos, los misioneros, más próximos en nuestra latitud de los inquisidores caza recompensas de pecadores consumidores que de vidas ejemplares destinadas a ser emuladas en la figura del místico. Y es que, al fin y al cabo, también nuestros misioneros viven a su manera, quizá discretamente, quizá sin decoro, los regalos de la llamada sociedad de consumo; para decirlo profanamente seguramente los han visto más de una vez con ufana alegría cargando bolsas de Marshalls.

3. De suplementar la creencia en la trascendencia en su forma práctica y ritual a lo aquí esbozado y que el arranque de la autora ha tenido que colocar en su justa perspectiva, sería preciso entonces hacer mención del peso de relevos de la sublimación de la trascendencia como control de la impaciencia tanto en el pobrismo franciscano, como en el calvinismo protestante. Diferenciados ambos en su tenor de exhibición de vida ejemplar, el culto del voto de pobreza en el primero, el culto del trabajo como austera vocación en el segundo, guardan ambos en común la posposición de los alivios. Estrictos en su disciplina, en la vida como disciplina, su horizonte salvífico descansa en rehuir la abundancia, su consumo, toda vez que esta desvía de la tarea principal: el ascetismo supramundano. No es casual que, en el avizoramiento de la humarada blanca la cual señalaba en el concordato del Vaticano la selección del nuevo Papa, rebautizado Francisco en honor al Santo de los pobres cuyo lugar natal era el pintoresco poblado de Assisi en el centro de Italia, se vuelva sobre este predicamento cuya representación, esta vez, resulta en un anacronismo, sino en un insulto a una vida que se desea de alivios. Una Iglesia pobre para los pobres es nuevamente igual a la reactivación del extremo, esta vez de un pretendido misticismo actualizado a la edad postsecular, que sólo los culpables de entender que han pecado por regodearse en una vida de consuelos podrían acceder a su llamado. Teología de *winner* **cínicos con mala conciencia para creyentes** *loosers* con conciencia impaciente.

He compartido algunas trabas en el proceder investigativo que atienden a veces calladamente, otras de modo explícito este texto. Una primera, histórica de enérgico tenor, una segunda, religiosa de tono más templado. Restan a continuación otras igualmente significativas que tocan a la propia fibra de la modernidad.

4. Me refiero en este caso a la herencia de la civilidad moderna que aunque es rica en promesas del *pursuit of happiness*, su búsqueda se sacrifica a favor del elogio al deber. La madurez del moderno descansaba en la altivez de saber demorar la realización del solaz personal a favor de su hipoteca de reconocimiento: como patriota devoto en la paz, como emprendedor industrial, como artesano laborioso, como profesional cumplidor de lo que profesa, como soldado de la nación en tiempos de tambores de guerra, como dedicado progenitor de sus crías. Si el ser singular gana en fluidez semántica, en vocabulario que, de acuerdo a saberes, empareja su lugar en la persona jurídica, en el sujeto de derecho, en el individuo de funciones y necesidades, en el yo exhibido, o en el ego recogido en su intimidad, este registro sólo gana sitio de visibilidad toda vez que sirva de mensajero, de *carrier* o de encarnación del legendario Atlas que, en la figura de cada cual, carga sin chistar, sin protestar, sin maldecir, sin *second thoughts*, el peso del mundo. Agónica, celebratoria de lo doloso, sacrificial, así se consumaron una gran parte de las almas en la hechura de la primera modernidad.

Así las cosas, la de los saberes y la de los hechos sociales, el consumo, el nexo con el acceso a las mercancías, a veces no tan mercantes, el vínculo del sujeto con los objetos sólo podía tener un visto bueno, aquel de la lógica de la necesidad, de la escasez, así como de la función si de actualizarlo a la segunda modernidad se tratara, pero jamás del regodeo, de la gozada, del capricho. En el límite sólo se permitirían ámbitos de legitimidad del desahogo toda vez que la cosa a ser consumida ingresara como parte de la cultura inmaterial, sobre todo la alta cultura que establecía una ecuación entre el *Bildung*, la formación del carácter destinado a una vida útil en la sociedad de la Ilustración y el uso de una obra por su valor de emulación arquetipal al deber, a la pedagogía agónica; en las artes, en la música clásica, en las tablas teatrales, en la narración novelesca, aspectos que debían reunir la función tutorial de una educación sentimental.

Las contraculturas bohemias tampoco sirvieron a la ocasión de desbloqueo del conocimiento dedicado al consumo, salvo por constituir, ellas mismas, el síntoma romántico modernizado del elogio de la escasez. Cultivadas en el voluntariado a la pérdida de la herencia burguesa, extravagantes personalidades que servían de relevos de un

déjà-vu del pobrismo tardomedieval y del misticismo trascendental, el voto secular de austeridad a favor no del trabajo como vocación, sino del *craft* de la comunidad artística, reulaba toda admisión de placeres mercantes, más allá del buen vino, del amargo whisky o del dulce ron.

Postagónico, postsacrificial, postdoloroso, tal es el horizonte intelectual que apertura esta obra digital. En ella se rectifica el magno relato de la historia de los extremos cuyo tribunal lo custodian las ideologías de la modernidad bipolarmente demencial. Del mismo modo se seculariza lo religioso-trascendental cuya edad ilustrada debía haber concluido hace tiempo en la asignatura de honrar las virtudes y los defectos de lo muy humano. Por último, se reconducen los homenajes a la vida como agonía en la tradición republicana, esta vez adecuada al tiempo de los alivios. Si tales son las enmiendas de las formaciones discursivas que ha tenido que atender esta obra, resta una que toca la Internacional miserabilista cuyo dispendio de energía lo ha dedicado a la celebración del común, del miserable, del proletario, de la nivelación por lo bajo.

5. Heredera del supremacismo divino monoteísta, trocado en el supremacismo antropológico de la falla constitutiva del humano como ser truncado dado a su enajenación creciente, el condensado de la modernidad radical, como lo fuera el comunismo, se otorgó derechos de acumulación de descontentos a favor de la promesa de la distribución de los cuernos de la abundancia en el éxodo hacia la tierra prometida del Hombre Nuevo. Poco importa advertir aquí si los austeros banqueros, que eran los líderes comunistas, hurtaron los ahorros de las pasiones tristes de los proletarios y, de pasada, exterminaron a bastantes muchos y, a otros, los reeducaron perversamente en el amor al trabajo socialista y, de pasada, la opulencia los albergó con creces en los Partidos-Estados únicos. Lo que sí merece la pena advertir es que la historia del comunismo de guerra tuvo su benevolente contraparte en Occidente en la *scientia socio militants*, las ciencias sociales que, bien sea en su forma *hard* o en su versión *soft*, la legitimidad de su saber se acreditaba a la par que se gradaba su grado de celebración del drama de la miseria humana. En este sentido la Internacional miserabilista moderna así como su relevo en la cohorte posmoderna victimofílica, no obstante sus diferencias de entonaciones de dramatismo de motivos temáticos (la pauperización, la cultura de la pobreza, la marginalidad) o de protocolos hiperbólicos de la comunidad de pensamiento (la enajenación, la conciencia colonial, la dominación de aquellos que en su *resilience* resisten hasta la náusea) ambas hacían valer su derecho de morada en su capacidad de recular todo tema, todo problema que

desviara de las asignaciones trascendentales de la historia, entiéndase la perversión de relatar el modo de vida de la miseria, mas, por igual mantenerlo y tematizarlo a fin de reservarse el currículo de una ciencia social triste y agónica.

Lo anterior aquí compartido reúne las narraciones predominantes, de proporción longeva, que la investigadora Ortiz-Negrón ha tenido que recular. Las siguientes dos tocan, la penúltima, el ámbito del procesamiento del tema del consumo en el recuadro de una unidad de sentido que tributa aún de la escuela de educación continuada de los misioneros que desean hacer las paces con la ciudad terrenal donde se alberga el “ir de compras”, el *shopping* impenitente. La última, que apenas aquí tengo la oportunidad de ilustrar, captura el arranque del estilo de pensamiento postanalítico de la autora.

6. Cuando las ciencias humanas no pueden ya escapar de encarar la dulce vida en lugar de la amarga existencia, por regla general en una inmadura reacción primeriza reculan en una vuelta de tuerca a aumentar los tropos de la desventura. Se estila así, como correctivo protector tanto de la sociedad de amigos de la miseria, como de sus embelesados admiradores, de intensificar las figuras retóricas del pesimismo. Cuando lo dulce de la vida se extiende aún más en las comarcas de un país, no siendo ya un asunto de una población agraciada sino de varias más, se recurre, en una carrera a veces frenética para los más mediocres, otras más parsimoniosa para los más cultivados, a buscar venas abiertas de minas agrestes de miseria de suerte que puedan ser importadas, procesadas y expuestas como lúcido y enérgico argumento mojigato en contra de la vida que se quiere dulce. Cuando lo dulce deviene ya la vida misma, las ciencias humanas que hicieron su gloria con el currículo miserafilico no les queda mucho más que brindar. Unas, por decoro, retornan completamente a enconchase en lo que quedaría de infortunio como folklore en una suerte de sociedad secreta de fraternos de los desafortunados en espera de que hayan mejores tiempos para hacer valer su pública devoción al flagelo. Otras, por el contrario, persisten tozudamente en inflar hasta el límite la miseria a riesgo de hacer del ridículo un prodigio al construir carencias ficticias. Unas terceras, con sofisticación sociográfica y con voluntad restauradora de un poder terapéutico y pastoral, tematizan el infortunio en culto de lo doloso en lo que pudiera advenir *living museums* como, por ejemplo, las Comunidades Especiales en el Puerto Rico actual. Por último, restan aquellas autorías que se aprestan, bien sea por interés o por convicción, a hacer las paces con la mutación de la época y así asumir una transición de investidura. Es esta última inflexión de las ciencias humanas, la más afortunada en su reciclaje profesional y la más sugestiva en pesquisar,

de momento en que aún mantiene en una delicada tensión el orden discursivo del cual se desean desprender y aquel que las lanza a otra fase de movilidad intelectual ascendente, esta vez sin embargo sin el devoto compromiso con el miserable.

El acomodo de esta *intelligentsia* no resulta nada honorablemente placentero puesto que el miserable no es sólo un tropos, una mera figura de estilo retórico, un escueto indicador de la cuestión social en ciernes, una aséptica varianza estadística, es, por sobre todo, el que le devuelve al intelectual una posición ostentosa de función moral: el tribuno del Mesías, como quedaría significado el científico toda vez que se le solicita al *pauper* un comportamiento de emulación vigorosa de sus resentimientos o de la humilde conservación de éstos.

Es así que el modo en que las ciencias humanas se han ido moviendo temáticamente hacia motivos postagónicos una vez habiendo unguido su devoción a la Historia, a la Clase trabajadora o a la Nación, lo ha sido manteniendo el lenguaje de la invariable salvífica en tono secular, la emancipación o, en su defecto, el mantra identitario posmoderno, la resistencia y la nación cultural. Toda vez que uno de los temas de alta sonoridad como la música, o de deliciosa degustación como la comida o la bebida, o de virtuosismo artístico, como los cantantes y bailarines, o de dedicada performatividad deportiva, como los púgiles o peloteros o, inclusive, hasta el masaje de autoestima nativa por concursos de belleza, o por demás la fruición morbosa con los huesos descompuestos de insignes próceres son, todos ellos, incursionados por las ciencias sociales ávidas de actualización, mas siguen sin embargo adeudando a la comunidad de pensamiento que sólo concede primicia si se inscribe en el protocolo de la emancipación, de la nacionalidad, de la resistencia, en suma de la lógica de lo lúdicamente cónsono.

Es justamente esta trampa sugestiva identitaria, este callejón sin salida de un *stock* de especímenes cuyo afán de concordancia consigo mismo sólo le es proporcional a la obsesión de melancólicos coleccionistas por la autenticidad de lo seguramente perdido o, inclusive, de cronistas curadores de lo idénticamente repetible, es precisamente este patrón medida de lo *scientifically correct* lo que Laura Ortiz-Negrón ha evitado. La autora no ha tenido que solicitar derecho de residencia de la ciencia social de lo cotidiano, de lo trivial, de lo íntimo del sujeto consumidor con el objeto mercante concediendo ser bendecida ni por la nación, ni por la clase, ni por la emancipación, ni por las beatas cenizas de la resistencia. Motivos todos ellos de apariencia noble, pero que tramitan más bien la función de curaduría del intelectual identitario a favor de la escuela de educación continuada de la pereza de aquellos que quieren hacer de su inercia de vida la

ostentosa exhibición de un archivo de memorias tematizadas en *Theme Parks*.

7. Resta en esta aproximación a esta obra el estilo de pensamiento de la autora que ha tenido que armar para encarar el consumo, el ir de compras. Se trata como subtexto de un principio de cualidad prolífica que la que aquí investiga, en parte, releva del bibliotecario Georges Bataille y su principio del derroche de energía solar. Si antropología filosófica aquí hubiera atemperada con la labor de pesquisa científica, esta no sería sin duda el catolicismo de la falta originaria de la criatura de Dios, o de la falla constitutiva del ego en la escuela psicoanalítica lacaniana, o de la carencia del *pauper* en la ciencia triste económica, así como la de su directo inverso, su crítica, el marxismo, la escasez en tanto miseria solidaria proletaria. Aproximaciones, todas estas, que no honran la historia de la especie, tampoco su paleo-antropología igual su sociobiología, como aquella que busca, el animal fracasado que es el *sapiens*, desafiar la gravedad de las circunstancias en una política existencial de los alivios que, de pasada, incluye los objetos técnicos, las mentalidades, las instituciones. Más que analítico como la autora aún desea nombrar su iniciativa intelectual, se trata de un estilo en el pensar desde la ciencia y desde el mundo de la vida cotidiana próximo a los juegos de lenguaje de lo sintético, de la implicación del observador, de la mirada atenta y sensible a los pequeños detalles que han pasado para las ciencias molares como frívolos, ordinarios, superficiales y perecederos. Son estas cualidades moleculares del *small detail* del *shopping*, lo que ofrece sin embargo pistas espléndidas de alertas a las sensibilidades contemporáneas.

Finalmente, son estas sensibilidades contemporáneas las que la autora, Laura Ortiz-Negrón, rinde homenaje al final de su libro con los caminantes de Plaza. Voluntariado gregario de cierta edad, de afinidades horizontales, de acuerdos laxos consentidos y jamás impuestos, en donde el Mall, el *shopping*, la esfera espacial allí contenida posee más de una resonancia. Individuos autónomos que no necesariamente son egoístas como quisiera clasificar una ciencia social acostumbrada a la tiesa rigidez de los grandes colectivos de la clase, el sindicato, la Iglesia o el partido. En suma, ni drama teatral de la enajenación del ser en el fetiche de la mercancía, ni aumento de la falsa conciencia proporcional al incremento de la *commodification* del mundo. El *togetherness* de los allí reunidos capturan, en su micro mundo, en su esfera vital, una parte de la ganancia de los merecidos asuetos en el muy más acá.